

## CA NOSTRA

La entrada era alta, sombría, fresca y llena de fragancia a antaño. Desde el portal de medio punto, cegado con puertas de roble entreabiertas, se distinguía una mesa con patas torneadas soportando varias cazuelas de bronce, un mortero bruñido, un candil sin mechas y un canterano cuya llave hacía años que faltaba. Del suelo adoquinado arrancaba una escalera hacia el piso de arriba. Era curva y con los entrepasos decorados con azulejos de colores. La baranda, de hierro forjado, estaba rematada por una gran bola de metal amarillo muy brillante. Era el centro de la estancia.

A la izquierda, dos pequeños escalones comunicaban con un gabinete a través de una puerta que sólo podría abrirse a empujones. La entradita estaba custodiada por una luz sin pantalla, que pendía de un soporte de hierro a juego con la barandilla de la escalera. El despacho era húmedo y oscuro, iluminando sólo por la luz de colores que se filtraba a través de las vidrieras de dos grandes ventanales. Allí dentro el sonido se amortiguaba contra las estanterías repletas de viejos libros y contrastaba con el eco que producía en la estancia principal. Aquella habitación había sido el despacho del abuelo. En los cajones de la desvencijada mesa de trabajo se guardaban, desde antiguos libros de contabilidad hasta un pequeño álbum de fotos, que inmortalizaba las viejas glorias de la alcaldía del Sóller. El hueco que dejaban a la izquierda dos viejas cortinas nos permitía pasar, no sin un cierto misterio, a otra pequeña habitación.

Un fuerte olor a cuero viejo y tapizado antiguo, se percibía al penetrar la salita a oscuras. Pero al hacerse la luz apareció una estancia suntuosa. De su alto techo colgaba una araña con casi todas las luces fundidas. Las paredes estaban forradas de tela roja con medallones dorados. Un sofá y cuatro butacones de terciopelo escarlata contemplaban en silencio un viejo piano. El instrumento, más que nonagenario, se adivinaba enfermo y cansado; los dos candelabros adosados que lo adornaban caían como pesados lagrimones, señalando que estaba en sus últimos días.

Ya en la planta superior, en el centro de la estancia principal, nos creíamos en un salón medieval custodiado por gigantescos guerreros inmóviles: cuatro robustas puertas de madera noble, que daban paso a tres cámaras y a la escalera. El salón lo habitaban tres inquilinos planos muy viejos, que colgaban de la pared en absoluto silencio, solo roto por el tintineo agudo y brillante que acompañaba los pasos cuando se caminaba a oscuras sobre la alfombra. Era un efecto mágico producido por multitud de caracolas y peces de colores que, encerrados desde antaño en diminutos océanos de vidrio, interpretaban su sinfonía al compás del visitante.

La frescura de las mañanas del estío mallorquín invitaba a abrir una de las ventanas verdes que separaban la casa del mundo. Al asomarnos bajo la cornisa, se distinguía un vergel húmedo y fragante con mil distintos tonos de verde, de sonidos y de perfumes. Los trozos de vegetación iluminados por el sol, amarillos como el oro, contrastaban con las penumbras azules. De repente, un sonido agudo disonante con el resto, como si de mil cencerros se tratara,

seguido de un chof y de otros mil borricos rebuznando a la vez, indicaba que alguien sacaba un pozal de agua del aljibe. El brocal presidía el patio y estaba coronado por una garrucha colgada de hojas de acanto hechas hierro y oxidadas por los años. El concierto lo completaban los gallos del vecindario dando las horas y el cantar de los canarios de la Casa de s'hereu.